

CAPÍTULO 17

Sentido de la vida humana

«Ayudo a los demás, lo que para mí constituye el sentido de la vida».
(Marai)

Hay algunas preguntas fundamentales que el hombre de todos los tiempos se ha plantado: «¿vale la pena vivir?», «¿tiene sentido la vida?» «¿posee el hombre un destino?». Estas no son preguntas sobre lo que el hombre debe hacer, sino sobre lo que el hombre es. «Juzgar que la vida vale o no vale la pena de ser vivida, es contestar a la cuestión fundamental de la filosofía [...]. Juzgo pues que el sentido de la vida es la cuestión más urgente» decía Albert Camus. El hombre se interroga sobre el sentido de la vida porque de alguna forma la trasciende y la supera. Sólo un ser como el hombre, que se supera infinitamente a sí mismo, puede cuestionarse a sí mismo, y

¿Por qué vivir?

Duda

¿Qué es el amor?

Libertad



Conciencia

¿Quién soy?
¿A dónde voy?

Estupor

¿Qué sentido tiene
el sufrimiento?

dar espacio a la tendencia más radical que él tiene: «la voluntad de sentido» que no es más que la tendencia humana a una existencia llena de sentido (V. Frankl).

Cuando hay un porqué vivir, se soporta cualquier cómo.

1. «Tener sentido» y «dar sentido» a la vida humana

La cuestión del sentido de la vida humana implica dos aspectos. Primero, si tiene un *por qué*, es decir, si tiene una *causa eficiente*, si es inteligible; es la cuestión respecto a su verdad. Segundo, si tiene un *para qué*, una *causa final*; es decir, si tiene un fin, si representa un valor que interpela la responsabilidad; es la cuestión respecto a la libertad. Sentido de la vida quiere decir por tanto *inteligibilidad* y *responsabilidad* inseparablemente unidos. *Tener sentido* quiere decir que la vida lleva en sí estructuras que la hacen inteligible. *Dar sentido* a la vida quiere decir comprometer de hecho la libertad en el cumplimiento de la tarea configurada en las estructuras que fundan su inteligibilidad y su valor. *Tener sentido* es por tanto anterior al *dar sentido* porque funda las condiciones necesarias para que el hombre pueda comprometerse responsablemente, es decir con una libertad fundada en la verdad.



a. «Tener sentido» o la inteligibilidad de la vida

La cuestión de *tener sentido* es intrínseca a las estructuras de la vida humana que es inteligible, es decir, *tiene* sentido. Julián Marías lo pone en evidencia: «La vida humana es siempre inteligible; consiste precisamente en el *sentido*; ante otra realidad cualquiera se impone la duda de si tiene algún sentido o no [...] lo humano [...] se ve que *tiene* que tener sentido». Para García Morente «la vida humana es distinta radicalmente de la acción natural, porque la vida humana tiene sentido». Entre las estructuras de la vida humana que constituyen su *tener sentido* encuentra un puesto privilegiado la libertad y la conciencia: la vida del hombre tiene sentido; justamente porque el hombre es inteligente y libre; negar el sentido de la vida sería negar la inteligencia y la libertad en el hombre. Sólo un ser libre y consciente de sí tiene sentido. Sólo los *sujetos* y no los objetos pueden cuestionar el sentido de la propia existencia. *Tener sentido* indica, por tanto, racionalidad, inteligibilidad, verdad.



¿De dónde cuelga la cadena?
¿De dónde viene el agua?

Significa percibir las causas y preguntarse por «La Causa» de las causas. No hacerlo sería negarse a la inteligibilidad del mundo. No se trata solamente de *los actos* que la persona realiza de forma consciente y libre, sino más bien del *ser mismo* de la vida personal, de su *naturaleza humana*. Esta idea de inteligibilidad se entiende bien cuando se confronta con su negación; lo que no tiene sentido es algo irracional, absurdo y contradictorio, y por eso mismo, imposible.

La vida humana tiene sentido porque el hombre puede ser consciente y libre; negar el sentido de la vida sería negar la capacidad de conciencia y libertad en el hombre.

Sin embargo, en la vida humana hay dos realidades que parecen poner en crisis esta inteligibilidad, hasta el punto de aparecer como contradictorias con la vida misma: el sufrimiento y la muerte. No se trata aquí de la experiencia de determinadas personas que no alcanzan a *dar sentido* a su vida en estas situaciones conflictivas, sino del problema teórico que lo precede: ¿cómo puede *tener sentido* la vida humana si le es congénito el sufrimiento y está destinada a la muerte? El tema de la muerte se trata en el capítulo 18. Hago aquí una breve reflexión.

• **La muerte** presenta de forma dramática el problema del sentido de la vida porque en ella se manifiesta la paradoja fundamental de la existencia humana: en la vida está implícita la muerte, y en la muerte lo está la vida. De hecho, entender que la vida *tiene un sentido*, significa pensarla siempre en relación con la muerte. ¿Cómo llamar a la vida, se pregunta Agustín, «una vida mortal o una muerte vital»? Si se ve la muerte como dimensión intrínseca de la vida, no puede verse como algo que llega sólo al final de la vida sino que está presente en cada instante, porque la muerte “muerte” cada instante de la vida. Por mucho que sea misteriosa, dramática, desastrosa, y aparentemente aniquiladora, la muerte es no obstante una estructura de la vida humana. Esto invita, por lo menos, a buscar el sentido de la muerte en referencia al sentido de la vida.

¿Cómo llamar a la vida, una vida mortal o una muerte vital»? (Agustín).

Por otra parte si se ven bien las cosas, la exclusión de la muerte y la certeza de no morir anularía la vida, le haría perder cualquier atractivo e interés. Una vida intramundana perpetua dejaría de ser

vida: viviríamos como muertos. ¿Por qué actuar hoy, si el tiempo es inextinguible? Un tiempo inextinguible es ya un tiempo extinguido. El hombre muere y quiere morir porque sabe que su fin no es el tiempo. En caso de que el hombre no muriera, estaría encadenado a la perpetuidad temporal.

Si, por tanto, la muerte es una estructura de la existencia humana y la vida *tiene sentido* en referencia a ella, surge la siguiente pregunta: ¿extingue totalmente la muerte la existencia humana? Está claro que no es posible sostener que la vida *tiene un sentido* sin la afirmación de la inmortalidad personal como estructura intrínseca de la vida humana, no menos constitutiva que la misma muerte. Resolver esto es objeto de otro capítulo (ver capítulo 18, ¿*La muerte tiene sentido?*).



El sufrimiento

¿Sentido o sin sentido?

- **El sufrimiento**, físico o moral, exige en primer lugar superarlo, suavizarlo y, en la medida de lo posible, eliminarlo. Cuando la vida puede cambiarse, es necesario hacer todo lo posible para cambiarla. Dicho claramente:

El sufrimiento es un mal; su función pedagógico-salvífica, en el sentido que sirve a descubrir y realizar otros valores, no lo transforma en un bien. Del mal se pueden obtener ciertamente bienes, pero el mal continúa siendo mal; no se debería hacer nunca y en la medida posible se debería evitar.

Dicho esto, el problema se plantea en los siguientes términos: cuando el sufrimiento ya no es superable, como en el caso de la muerte o de un mal incurable, ¿es posible darle un sentido? ¿Cómo vivir una vida en el sufrimiento que ya no puede evitarse? El sentido del sufrimiento depende fundamentalmente de la actitud de la persona. En un texto memorable, Viktor Frankl, superviviente de los campos de concentración nazi, da testimonio de una experiencia tanto personal como profesional. «Incluso en el sufrimiento hay una posibilidad de sentido». Y para justificar una afirmación tan fuerte dice: «¿Con qué derecho nos atrevemos a decir que la vida nunca deja de tener un sentido para todos y cada uno? Esta afirmación se basa en el hecho de que el hombre es capaz de transformar en servicio cualquier situación que, humanamente considerada, no tiene ninguna salida. De ahí que también en el sufrimiento se dé una posibilidad de sentido».

¿Cómo dar sentido al sufrimiento?

El sufrimiento tiene sentido si tú mismo te cambias en otro».

(V. Frankl)

b. «Dar sentido» o el actuar responsable

La cuestión del sentido de la vida humana no se agota, sin embargo, en el *tener sentido*; implica también el *dar sentido*, aspecto que se relaciona con la finalidad, que involucra la libertad responsable y apela al carácter dinámico de la persona. Éste es el aspecto más problemático y el que se pone en discusión cuando se habla de la crisis de sentido. El sentido de la vida no se *inventa*, sino que se *descubre*; no es *dado* sino que es *encontrado*. Esto significa que el esfuerzo personal para *dar sentido* a la vida se funda sobre la realidad objetiva del *tener sentido*. El sentido de la vida se descubre sobre la base ontológica previa de que la vida tiene un sentido y posee inteligibilidad. Los términos lingüísticos *encontrar*, *descubrir*, *dar sentido*, indican bien que existe una realidad objetiva sobre la cual se fundan; se *descubre* lo que existe,

se *da* lo que se posee. Si se niega el sentido de la vida es porque no se ha encontrado o se duda de poder encontrarlo, pero no porque ella no tenga sentido: «nadie puede quejarse hoy de que falte un sentido a la vida» (Frankl). El sentido de la vida lo construye «*ex novo*» cada persona humana dada su individualidad y originalidad como persona, pero no «*ex nihilo*», porque en este caso no se *daría*, sino que se *crearía*. El sentido se apoya sobre el ser del hombre, pero tiende hacia lo que debe ser, es decir, imprime en la vida una tendencia a la perfección.

Dar sentido a la vida quiere decir tener la capacidad y saber distinguir la verdad de la falsedad, el bien del mal, lo esencial de lo que no lo es, lo permanente de lo pasajero.

No se da situación alguna en la que la vida pierda el sentido, y no existe persona alguna para la que la vida no tenga sentido, porque la vida siempre tiene sentido; el problema está en que es necesario dárselo, descubrirlo; y aquí se puede fallar.

El caso más paradójico es el suicidio, que es al mismo tiempo fracaso y confirmación del sentido de la vida. «¿Por qué el suicida pone fin a su vida? Porque no puede soportar una vida carente de sentido, porque no puede vivir en el total no-sentido, en la total des-esperanza. Con su trágico gesto el suicida proclama que, si su vida no tiene ya ningún sentido, *no vale la pena seguir viviendo*. Se esconde aquí una lógica tremenda. Si en la desesperación y en la persuasión de que su vida no tiene ya sentido, el suicida acaba violentamente su existencia, testifica de modo extremo que, sin esperanza de sentido, la vida es insoportable. Está aquí la más enérgica protesta de que la vida debe absolutamente tener sentido: no se puede vivir en el absurdo de un total no-sentido. Precisamente en el acto de su autodestrucción responsable el suicida obra en la esperanza equivocada, pero esperanza, de huir del insoportable no-sentido de la vida; pero, en el fondo, huir del no-sentido es nostalgia de sentido. La desesperación no es posible sin la esperanza-esperante: quien desespera, es porque espera» (Alfaro).

Viktor Frankl ha sido capaz de mostrar que, más allá del freudiano «deseo de placer» existe en el hombre una tendencia todavía más radical, y ésta es la *voluntad de sentido*: «el cuidarse de averiguar el sentido a su existencia es lo que caracteriza justamente al hombre en cuanto tal, [...] esto es lo más humano en el hombre». *Dar sentido* a la vida quiere decir «voluntad de sentido» que significa que la vida humana busca el amor, la solidaridad, la felicidad.

El amor es el sentido de la vida. El hombre es creado por amor y para el amor. Podrá reposar cuando haya cumplido y realizado el amor.

Cuando naciste, los que estaban a tu lado sonreían porque te amaban, y tú llorabas. Vive tu vida amando, para que el día de tu muerte todos lloren y tú sonrías.

Para el cristiano el sufrimiento de Cristo es amor. F. Mauriac en *Un adolescent d'autrefois*, después de la violación y el asesinato de una niña de doce años dice: «No hay ninguna otra respuesta que este cuerpo desnudo, que ha sido el cuerpo del Señor, cubierto de llagas, clavado a una cruz y del cual se burlan los intelectuales. La respuesta, la niña la abraza para siempre contra su corazón. Ahora y por siempre».

Cristo no ha venido al mundo para explicar o abolir el sufrimiento, sino para asumirlo y transformarlo en instrumento de salvación: «Dios no ha venido a explicar sino a llenar» (Paul Claudel).

Cristo no ha abolido el sufrimiento y no ha querido ni siquiera revelarnos enteramente el misterio: lo ha asumido sobre sí mismo, ha cargado la cruz por nosotros, y esto es suficiente para que nosotros comprendamos todo su precio.

Elie Wiesel, en su novela *Night*, habla de su experiencia en un campo de concentración. Tres personas fueron ahorcadas; dos eran

adultas, el tercero un niño. Los adultos expiraron rápidamente, pero el niño prolongó su agonía. Un prisionero preguntó: «¿Dónde está Dios en este momento?». Del fondo del corazón Wiesel escuchó una voz que decía: «¿Dónde está Dios? Está ahí, colgado de esos maderos».

2. La esperanza y el sentido de la vida

El sentido de la vida está íntimamente unido a la esperanza. Cuanto más se avanza en los años, tanto más se mira la vida hacia atrás. Sin embargo, la vida misma es mirar adelante, hacia el futuro y, por tanto, está cargada de esperanza.

«Es justo y bello mirar al pasado, pero es necesario saber vivir
el presente mirando hacia el futuro»

(Tácito).

El hombre es un ser de futuro, de esperanza. Cuando uno está desconsolado, frecuentemente es porque está desanimado. La desesperación es un aspecto de la pobreza radical que atenaza al hombre: la precariedad. En su obra *El hombre y la gente*, Ortega y Gasset recuerda la dedicatoria que Paul Morand le escribió en la biografía de Maupassant: «Hace unos cuantos años Paul Morand me envió un ejemplar de su biografía de Maupassant con una dedicatoria que decía: “Le envió esta vida de un hombre *qui n’espérait pas...*” ¿Tenía razón Morand? ¿Es posible – literal y formalmente posible – un humano vivir que no sea un esperar? ¿No es la función primaria y más esencial de la vida la expectativa y su más visceral órgano la esperanza?».

Desde el punto de vista fenomenológico, constatamos que la esperanza es profundamente humana y todas las actividades de nuestra vida están guiadas por la esperanza. El hombre es un ser de esperanza. Nuestros ojos están colocados delante, en el rostro, y no detrás, por eso miran hacia adelante; nuestras manos y brazos se

mueven hacia adelante; nuestros pies están orientados hacia adelante y nos llevan en esa dirección; incluso nuestra vida y forma biológica está orientada hacia delante, hacia el futuro. Ninguna obra humana, ni siquiera la más pequeña, se emprende sin esperanza. El campesino siembra la semilla y espera que germine y dé fruto; la madre cuida y educa para que los hijos crezcan y sean felices; espera el hombre de negocios hacer una gran fortuna; y el joven estudiante terminar la carrera y casarse; el enfermo curarse, el pobre enriquecerse, el triste consolarse. Quien no espera nada, está sentado al margen de la vida. Dice el proverbio: «la esperanza es lo último que muere». Y cuando ésta se pierde, verdaderamente todo está perdido. Cuando un hombre llega a la situación de no esperar de verdad nada; de levantarse en la mañana sin esperar absolutamente nada, ese hombre ya no vive y se deja morir lentamente, o de repente con el suicidio. Se espera y se confía en los hombres, la confianza es parte substancial de la vida del hombre. Si yo no me fío de los que me rodean, si circundo de alambre de espino mi corazón, no hago mal sólo a los demás, sino que me hago mal a mí mismo. Un corazón desconfiado envejece de prisa.

No hay que confundir la **esperanza** con la **espera**. En la espera el futuro no oculta novedades, está previsto. Muy diferente es la esperanza. Se orienta al futuro como lo porvenir, lo imprevisible, lo oculto y lo desconocido. Por eso la esperanza no es pasividad, sino creadora de posibilidades siempre nuevas, como el amor. Todas las lenguas hacen la distinción terminológica: *espera-esperanza; attesa-speranza; wait-hope; warten-hoffnung; attente-espoir*. En español las dos palabras tienen la misma raíz, en las otras lenguas es diversa.

Espera	—	Esperanza
Attesa	—	Speranza
Wait	—	Hope
Warten	—	Hoffnung
Attente	—	Espoir

Laín Entralgo, en su libro *La espera y la esperanza* dibuja la diferencia entre ambas. La espera es ambigua: puede ser espera de un bien, o de un mal, o incluso una espera vana, sin objeto, una ilusión, por ejemplo ganar la lotería sin comprar el billete. La espera se refiere a «tener» o evitar algo. La espera es, por tanto, pasiva respecto al futuro, el cual se «espera que llegue». La espera es penosa, lenta y larga; está unida al miedo, a la angustia, y está inquieta; dice el proverbio: «quien espera, desespera». Lo duro que es esperar lo sabemos por experiencia propia. Esperar cuando se ama, cuando se desea, cuando se tiene necesidad de algo, es un tormento; aunque no tuviéramos más dolor en nuestra alma que lo que sufrimos cuando esperamos los bienes que anhelamos intensamente, bastaría para transformar nuestra vida en un valle de lágrimas.

La esperanza está ligada al tiempo. En el mundo es necesario esperar, en el doble sentido de «tener esperanza» y «esperar»; cualquier cosa que buscamos normalmente se alcanza lentamente. Lentamente maduran los frutos del campo, lentamente se adquiere la ciencia y el conocimiento; lentamente se enriquece el hombre; lentamente se conquistan los corazones. Todo se desarrolla con lentitud; el tiempo impera forzosamente en nuestra vida y tiene una función no sólo biológica, sino también pedagógica y educativa. El hombre contemporáneo no tolera las lentitudes, quisiera que todo fuera rápido, pero la ley de la vida, de toda vida, es la lentitud; el tiempo madura los frutos en el campo, el tiempo madura la responsabilidad de la persona. Decía Ovidio: «Lo que nace pronto, muere pronto».

3. Esperanza, sentido de la vida y compromiso cristiano

La dimensión espacio-temporal de la vida humana nos lleva a otra consideración que toca la esperanza cristiana. El cristianismo considera la vida corporal como el tiempo y el lugar de la propia realización, que alcanza su verdadero valor solamente cuando está comprometida en obtener la realización completa de la persona. Vida

humana y esperanza en el más allá no se contradicen mutuamente, sino que se complementan. «Cada uno recibirá lo que haya hecho, bueno o malo, por el cuerpo» (2Cor 5,10). Por este motivo, el cristiano no debe pasar la propia vida como pasan las nubes en el cielo durante un día de ábrego, o lo que sería peor, vegetar intentando satisfacer solamente los propios apetitos, sino por el contrario, vivirla realmente en profundidad para alcanzar la propia realización personal. Lo más importante no es la cantidad de tiempo que se tiene a disposición; lo que es verdaderamente importante y urgente es el hecho de aprovecharlo y de hacerlo fructificar. Triste es este epitafio: «Aquí yace un hombre que murió a los noventa y tres años, pero vivió sólo tres».

«Si existe un pecado contra la vida,
seguramente no es tanto el de desesperar, como el de esperar
otra vida y desentenderse de la implacable grandeza de ésta».
(A. Camus).

En estas palabras hay un fuerte reclamo a la verdad y a la coherencia. Ciertos movimientos religiosos de sello espiritualista, milenarista y apocalíptico sustraen a los creyentes del presente con la esperanza de un vago futuro. Esto no vale para el verdadero cristiano. El cristianismo, en efecto, proclamando la encarnación de Dios, atribuye una «implacable grandeza» a esta vida. Al cristiano no le es lícito sustraerse al compromiso de la solidaridad y del amor hacia los hermanos, porque si no se quiere ser «solitarios», es necesario ser «solidarios» (Camus). Precisamente en nombre de su amor a Dios, el cristiano debe mostrar que su verdadera esperanza hacia el porvenir es dar todo en el presente. La primera virtud cristiana es la caridad, ejercida sobre todo con nuestros semejantes, que no implica sólo la oración, sino también aquellos bienes materiales con los que podemos contribuir. «Tuve hambre y me disteis de comer;

tuve sed, y me diste de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme – dijo Jesús, porque – cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis» (Mt 25,35-36.40). Y pasajes como este se podrían encontrar sin fin en el Nuevo Testamento: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y faltos de alimento cotidiano, y uno de vosotros le dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué le sirve? Así también la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma» (Sant 2,14-17).

No se trata, por tanto, de alimentar desprecio por la realidad de este mundo en nombre de un cielo místico. La acusación hecha a los cristianos, de ser personas que no se preocupan de lo que sucede en el ámbito humano y de vivir enajenados a causa de un mundo ultraterreno, es hoy más falsa que nunca. Quizás hubo un tiempo en que algunos cristianos creyeron de buena fe que ésta era la actitud correcta; pero ya san Pablo tuvo que reprender a algunos miembros de la comunidad de Tesalónica porque, con la excusa de que «el tiempo era corto», se entregaban al ocio (cf. 2Tes 3,6-15). La vida cristiana, por eso, no desprecia las cosas de este mundo, y tampoco se aleja de las actividades temporales. Como dice bien el Concilio Vaticano II «el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo», así «nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre» (Pablo VI).

La vida "tiene" sentido

Inteligencia (verdad).
Porque el hombre es consciente y libre; negar el sentido de la vida sería negar la conciencia y libertad en el hombre.

"Dar" sentido a la vida

Libertad (responsabilidad).
Dar sentido a la vida quiere decir «voluntad de sentido» que significa que la vida humana busca el amor, la solidaridad, la felicidad.

Motivos de sentido

- Esperanza
- Amor
- Solidaridad
- Compromiso

SENTIDO DE LA VIDA HUMANA

Amor y sentido de la vida

El amor es el sentido de la vida. Cuando naciste, los que estaban a tu lado sonreían porque te amaban, y tú llorabas. Vive tu vida amando, para que el día de tu muerte todos lloren y tú sonrías. Cuando hay un porqué vivir, se soporta cualquier cómo.

Solidaridad y sentido de la vida

«Si existe un pecado contra la vida, seguramente no es tanto el desesperar, como el esperar otra vida y desentenderse de la implacable grandeza de ésta».

Crisis de sentido

- Sufrimiento
- Fracaso
- Muerte